

con que caía, que hubiera sido imposible trabajar durante la tempestad.

Cuando pasó la nube y aquélla cedió, aunque no del todo, el cuadro era distinto por completo: barro y cenizas; llamas expirantes; olor á tierra mojada, á madera y tela quemadas, á metal fundido. Sobre aquellos escombros humeantes cayó á una vez por unánime esfuerzo de todos el torrente de las mangas de incendios, y á las cuatro de la madrugada se retiraba la fuerza de ingenieros, los guardias de seguridad, los curiosos y las autoridades. Sólo quedaron media docena de bomberos, para evitar la reproducción del incendio con su persistente vigilancia, y otros tantos obreros de la fábrica, para separar en los restos de los almacenes quemados lo totalmente perdido de lo que, aun con averías, podría ser utilizado.

En cuanto á desgracias personales, sólo había que lamentar la herida del pie de Puig, una contusión de pronóstico reservado en un bombero, un soldado herido en la cabeza y una mujer que se había lanzado entre las llamas para salvar á su marido, á quien un vahido había hecho caer sobre unos maderos incendiados. Las pérdidas materiales debían ser considerables; pero estando asegurado el edificio y además todas las mercancías, maquinaria y telares, claro es que la *casa* nada perdía, excepto el trastorno y el tiempo que había de tardarse en reponer lo perdido. Dos sociedades de seguros eran las que habían de liquidar el estrago y repararle á la mayor brevedad posible.

Justísimo es hacer mención de los que en aquella horrible noche habían trabajado con alma y vida para atajar el incendio. Todos los dependientes, todos los obreros de la fábrica, habían rivalizado en valor y heroísmo. Desde los barrios más apartados de la ciudad, desde las afueras muchos, desde la Barceloneta sobre todo, habían corrido presurosos á tomar parte en la lucha contra el elemento devastador, y todos á porfía, con palas, picos y azadones, habían derribado paredes, aislado tabiques, destruído medianerías y contribuído, en fin, á la extinción del incendio con todas sus fuerzas y su energía.

Pero mientras eso hacían todos los interesados en la catástrofe y muchos valientes ajenos por completo á ella, ¿qué había sido de Benito y de su familia, los más amenazados por cierto, puesto que tenían sus habitaciones precisamente encima del gasómetro, por donde el fuego había empezado á las altas horas de la noche? Veamos lo ocurrido.

Al ruido de la explosión se despertaron sobresaltadas Lucía y Bernarda, cuyas dos alcobas sólo estaban separadas por un tabique sencillo. En cuanto á Benito, no tuvo necesidad de despertarse, pues hacía muchas noches, y aquella menos que todas, que apenas podía conciliar el sueño. La sobreexcitación de sus nervios era cada vez mayor, y el día había sido de prueba para el *pobre rico*. Todos le habían abandonado, según él, por envidia é ingratitud; según ellos, por malos tratos y peores razones. A ser supersticioso hubiera

podido creer el desdichado Bonet que Dios se había apresurado á complacer sus deseos, pues no una, sino muchas veces, le había pedido que le mandara una inesperada solución á sus cavilaciones y propósitos, puesto que de tan mala manera eran recibidos por los que él creía debían ser obedientes y sumisos á sus mandatos.

No habían acabado los tres de vestirse apresuradamente, cuando ya se oían los golpes que en todas las puertas daban los guardias y las voces y preguntas angustiosas con que se respondía á aquellos golpes. Cuando salió Benito al corredor ancho que comunicaba con la escalera, ya se veía el resplandor de las llamas salir del contador incendiado. Bernarda y Lucía comenzaron á dar gritos desgarradores, á tiempo que Ramiro, huésped en una casa de la misma calle, acababa de asomarse al balcón y preguntar á gritos lo que ocurría. Vestirse apresuradamente de cualquier modo y lanzarse á la calle fué todo uno. Penetró en la fábrica, subió los escalones de cuatro en cuatro y tropezó con las dos señoras que los bajaban casi del mismo modo.

— ¡A mi casa!, ¡á mi casa! — dijo el joven enamorado; — salvar las vidas es lo primero, que tiempo habrá para lo demás.

Y dicho y hecho, dió su brazo á las dos damas atribuladas y con ellas subió á su modesta habitación, donde la patrona, ya vestida, atendió lo primero á cuidar de aquellas dos huéspedes, mientras Ramiro volvía á buscar á Benito, que presa de mortal congoja

y sin fuerzas para moverse, continuaba en su habitación, á pesar de haberle ya ido á buscar guardias y dependientes esperando sus órdenes en aquel conflicto.

—¿Y mi hija y mi hermana?— preguntó el pobre hombre á Ramiro, en cuanto le vió de regreso.

— Están en salvo y usted debe hacer lo mismo. Ni su edad ni su estado son á propósito para resistir las emociones que se preparan. Véngase usted conmigo y reúñase á ellas. Desde mi cuarto se ve todo lo que aquí pueda ocurrir, y aun desde allí pueden dictarse órdenes si llega el caso. Dígame usted qué es lo primero que quiere que se salve, y antes de que el fuego tome más incremento, lo que me parece que ha de suceder muy pronto, se traerá todo á mi casa.

— ¡La caja! ¡Los papeles del despacho pequeño!

— La caja es imposible transportarla en estos momentos. Pero D. Juan Puig tiene la llave; y como cajero, á él le corresponde atender á su obligación: en casa estará de seguro y ya habrá atendido á eso. Voy á buscarle en el acto, pero después que deje á usted instalado en mi domicilio.

— ¡Oh, gracias, gracias! No sé si debo abusar; traté á usted mal esta mañana y no me parece correcto ahora...

— Déjese usted de cavilaciones: tiempo hay para colocar las cosas en el mismo estado en que quedaron esta mañana. Las circunstancias son extraordinarias y hay que atender á ellas en primer lugar. Vamos, aprisa, aprisa, recoja usted papeles ó alhajas si están á mano y salgamos cuanto antes.

— Sí, algo hay, aunque poco; yo todavía no tengo fondos. Los asuntos de la Notaría no están arreglados...

— Mejor, mejor; dése usted prisa. El tiempo urge...

Benito dió varias vueltas por sus habitaciones sin aplomo ni calma para sobreponerse á las circunstancias, y merced á estar abiertos los cajones de la cómoda de su hermana, cogió de ellos dos ó tres estuches pequeños; se metió en los bolsillos á granel los cubiertos de plata que estaban en el comedor, y cogiendo en el aturdimiento dos ó tres prendas de ropa de las peores y que menos falta podían hacerle, salió de su cuarto, dejándole abierto, y bajó con Ramiro la escalera. Este había recogido del cuarto de Lucía varios vestidos y otras prendas de vestir, y oprimiéndolos contra su pecho acompañó á Benito á su domicilio. Ya instalados allí los tres y asomados al balcón pudieron presenciar la llegada de las autoridades, la tropa y los bomberos.

D. Juan Puig entretanto, ayudado sólo del conserje, entró en el escritorio, abrió la caja de caudales, recogió á granel los billetes y el oro y cargó á su acompañante con seis grandes libros. La plata quedó en cuatro talegos y varias esportillas dentro del arca. Ya no había tiempo ni aquella era ocasión para recogerla, y si el fuego llegaba á ella, lo más probable es que se encontrara después fundida entre los escombros: no pasaría, después de todo, de tres ó cuatro mil duros, pues el día anterior, como sábado, se había hecho el pago general de operarios y obreros en ese metal.

Apenas hubo Puig recogido el verdadero numerario de la caja, que ascendería á cerca de treinta mil duros, salió de la casa con el conserje y se dirigió á una plaza próxima, donde á pesar de lo intempestivo de la hora no tuvo que llamar más que dos veces á un gran almacén cerrado. Al ir á hacerlo la tercera, salió un mancebo, y apenas reconoció á D. Juan le hizo entrar seguido del conserje. A los diez minutos salieron otra vez los dos hombres, y pocos momentos después de ellos el dueño del almacén y uno de sus hijos. Era el principal antiguo amigo de Puig y uno de los más honrados y laboriosos almacenistas de géneros coloniales de Barcelona.

En aquella acreditada casa dejó Puig sin escrúpulo, y sin recibo por supuesto, ni otro documento alguno, el contenido de la caja y los libros de contabilidad de la fábrica. No podían estar más seguros. Antes hubiera perdido Parellada, que así se llamaba el comerciante, toda su fortuna, que negar la entrega de su amigo, ni distraer un solo céntimo de toda la cantidad depositada. Así el tendero como su hijo mayor corrieron al lugar del incendio para trabajar como todos, dejando su tienda al cuidado de su hijo menor y de los dos mancebos. Parellada era viudo y no tenía más mujer en su casa que una criada de cincuenta años de edad, hermana de leche de su esposa, muerta hacía diez años de la epidemia colérica.

Cuando Puig regresó á su casa, ya las llamas salían por las rejas del piso bajo, y le costó trabajo hacerse

reconocer por los guardias de seguridad para que le dejaran penetrar en su domicilio. No fué poca su sorpresa cuando no encontró á nadie en las habitaciones de Bonet, y más aún cuando nadie supo darle noticias suyas. En los primeros momentos de aturdimiento, como en los que le seguían de angustia, nadie los había visto, ni sabía de ellos. Además, tampoco Puig podía entretenerse en tales averiguaciones, cuando la catástrofe arreciaba y todos los esfuerzos eran pocos para vencerla ó por lo menos resistirla.

Desde aquel momento se le vió en los sitios de mayor peligro. Trabajando sin cesar, ya con los picos, ya dirigiendo las mangas, ya echando abajo los tabiques; hasta que al oír la fatal amenaza del maquinista llevó á cabo él solo el acto más heroico de la noche. Cuidado en la casa de socorro con el mayor esmero después de haberle hecho la primera cura, fué visitado en ésta al día siguiente por el gobernador de la provincia, el alcalde y hasta el capitán general, todos los cuales á porfía elogiaron su comportamiento y ensalzaron su acto de valor, conforme lo hacían los mejores órganos de la prensa de la localidad.

No dejaron de acudir todos los obreros de la fábrica y hasta multitud de curiosos, ávidos de hablar y contemplar de cerca al que ni en su fisonomía, ni en sus palabras demostraba tener el temple superior de alma que parecía necesario para descollar entre tantos como aquella noche habían merecido el dictado de héroes. ¡Tal era su sencillez de semblante y de expresión!

¿Cómo entre tantos no había acudido ni un momento á estrechar su mano su compañero, su amigo, su principal? ¿Cómo Benito Bonet, al que ya debían haber contado todos los pormenores de aquella escena terrible, el que como nadie debía agradecer que Juan hubiera expuesto su vida por salvar de una ruina completa la fábrica y de una muerte segura á tantos valientes, no estaba á su cabecera en unión de Bernarda, su esposa de deseos, ya que no de hechos, y de Luisa, su ahijada en las pilas bautismales y á la que amaba como á una hija?

¿Es que llegaba á tanto el rencor en el corazón de aquel rico improvisado que no podía olvidar, ni con tan extraordinaria causa, las palabras de queja y de despedida con que se había separado de él, quizás para siempre, el infeliz cajero? ¿Y ellas? ¿Tan terrible había sido la orden, tan ajenas estaban sus almas de sentimientos generosos, que no habían querido afrontar el enojo de su padre y su hermano respectivos, por cumplir con lo que debía dictarles su cariño de tantos años?

Nada de esto era cierto, sin embargo, aunque los hechos las acusaran de ingratitud y de olvido. Las pobres mujeres habían caído enfermas del susto y del terror de la noche pasada. Sus habitaciones, que habían vuelto á ocupar desde las primeras horas de la mañana y que sólo habían sufrido ligerísimos desperfectos, estaban también desiertas. Así Lucía como Bernarda estaban acostadas cada una en su lecho con algo de fiebre y con los miembros doloridos. Una

tenaz neuralgia las oprimía las sienes y no se daban bien cuenta de todo lo ocurrido. En cuanto á Benito, al volver á su casa recorrió todo el edificio para enterarse minuciosamente de cuanto en él había ocurrido, y después de examinar todos los estragos del incendio y de calcular el tiempo y el dinero que harían falta para volver á contemplar su casa en el estado en que estaba antes del siniestro, se dirigió rápidamente á casa de Ortiz de Llauder el notario.

— Ya sabrá usted por la prensa de la mañana lo ocurrido anoche en la fábrica. El fuego ha sido terrible, las pérdidas son de gran consideración, y aunque todo estaba asegurado, la paralización en los trabajos, la compostura del material susceptible de ella y la compra de maquinaria nueva retardarán algún tiempo la reapertura de la fábrica y producirán un gran déficit en los ingresos de la casa, ¿no le parece á usted?

— Indudablemente; no puedo juzgar de la importancia de una catástrofe que no conozco más que por el relato de los periódicos y por lo que usted me dice; pero si el hecho es tal como usted asegura y yo creo, me parece muy difícil que las obras que corresponden á la compañía de seguros y las indemnizaciones en metálico que se han de percibir, previas tasaciones y cálculos, estén terminadas antes de medio año.

— Y como usted comprende, señor Notario, una casa en donde son nulos los ingresos durante medio año, ingresos que no son más que la renta de todo el capital que constituye mi fortuna, reduce á la mitad por

lo menos dicha renta, precisamente en el primer año de ser explotado el negocio por el nuevo poseedor.

— Todo eso es muy cierto. Pero ignoro adónde va usted á parar.

— Mi venida en estos momentos significa que vengo á hacer á usted dos preguntas importantísimas; y tanto, que las he antepuesto á mis necesarias visitas á las autoridades, por si como es natural necesitan mi concurso para esclarecer los hechos ocurridos anoche, y á las oficinas de las dos compañías de seguros donde están inscritas casa, mercancías, máquinas, etc. Ya ve usted si será grave para mí la consulta.

— Pues hable usted sin más dilación. Ya sabe usted que estoy dispuesto á servirle y que por mi profesión debo ser reservado, trátese de lo que se trate.

— Confío en ello sin necesidad de que usted lo asegure y paso á explicarme. Mi primera pregunta es la siguiente: Anoche, en los primeros momentos del incendio y poco después de la explosión de gas, origen del siniestro, gracias á la bondad de uno de mis empleados pudimos albergarnos mi familia y yo en la casa donde vive dicho sujeto. Desde los balcones de dicha casa, situada cerca de la mía, pudimos ver casi todo lo ocurrido y admirar los rasgos de valor de cuantos con más ó menos acierto contribuyeron á atajar el incendio, y en particular el de mi cajero hoy y antiguo amigo de toda mi vida, Juan Puig, que según habrá usted leído en la prensa, está herido, aunque no de gravedad, por haberse lanzado á abrir la válvula de

la máquina grande en un momento decisivo. ¿Ha leído usted ya ese rasgo notable?

— De resultas de haberlo leído salí en el acto esta mañana y fuí á la casa de socorro donde se encuentra. Quise traérmele á mi casa por si sus habitaciones de la fábrica y las de ustedes, además de las suyas, habían sufrido hasta el punto de no poder utilizarse; pero los médicos han asegurado que convenía la quietud al enfermo, durante dos ó tres días por lo menos, y la asistencia continua que allí pueden darle. De manera que mi propósito ha sido vano. Todo esto lo sabrá usted ya sin duda, pues supongo que habrá usted ido á verle y que quizá venga de allí en este momento.

Una ligera tinta de carmín tiñó los pómulos de Benito, que respondió:

— Aún no he ido á verle, pero lo haré hoy mismo en cuanto me sea posible. Una reyerta de poca importancia que tuvimos ayer mañana ha venido á turbar nuestras buenas relaciones; y no sé si una vez curado persistirá Puig en la resolución de separarse de mí, que es lo que decidió ayer, creo que irrevocablemente.

— ¿Y fué de poca importancia el asunto? ¡Pues no sé lo que hubieran decidido ustedes á haber sido grave la reyerta!

— Cuestión de caracteres nada más.

— Adelante, amigo mío, adelante.

— Como le iba á usted diciendo, á poco de iniciarse el incendio vi salir á Puig de la fábrica, acompañado

del conserje, que llevaba en su cabeza los libros de la oficina y según me pareció adivinar los fondos de la caja de caudales.

— Naturalísimo era que procurara salvar antes que nada lo que estaba confiado á su custodia.

— Y esta es mi pregunta: ¿depositó en su casa de usted dichos efectos? ¿Están aún en ella?

— Amigo mío, si le hubiera usted interrogado á él, que es lo primero que creo debía usted haber hecho, después de enterarse de su salud, sabría usted ya que ni yo soy el depositario de tales objetos, ni vino aquí Puig anoche á ninguna hora. Puede usted interrogar al conserje, y éste le dirá cuanto sepa en el asunto.

— He creído ofensivo tal proceder para con Puig, y por eso no lo he hecho.

— Y ha hecho usted muy bien. En fin, Juan le dará á usted cuenta de todo, en cuanto le vea, y debe usted estar tranquilo. ¿Cuál es la otra pregunta que deseaba usted hacerme?

— Como usted comprende, yo no he dudado nunca de las intenciones ni de la rectitud de mi amigo...

— Jamás ha tenido usted motivo para semejante cosa.

— Pues por eso mismo aseguro á usted que nunca he dudado de él. Sin embargo, al ver que pasan días y días y va ya transcurrido un mes y nada se ha formalizado aún respecto á mi herencia, ó donación, ó como quiera que se llame, vengo á preguntar á usted en qué estado se halla ese negocio. Hoy mismo, des-

pués de la catástrofe de anoche, y al tener yo que intervenir en todos los asuntos que de ella dependan, ¿con qué carácter voy á hacerlo? ¿Soy ya legalmente, á pesar de no estar aún inscritas á mi nombre en el registro mis propiedades, el dueño de ellas? ¿El acta de renuncia de Puig á sus derechos, está ya redactada y firmada por él, ó no está aún protocolizada ó no ha de estarlo? En una palabra, señor Notario, ¿qué hay en esto? Me parece que es muy lógico que yo sepa á qué atenerme, tanto más, cuanto que la situación tirante en que Puig y yo nos encontramos, podía dar lugar á retractaciones por su parte, ó lo que no es imposible, á entablar alguna demanda en perjuicio mío.

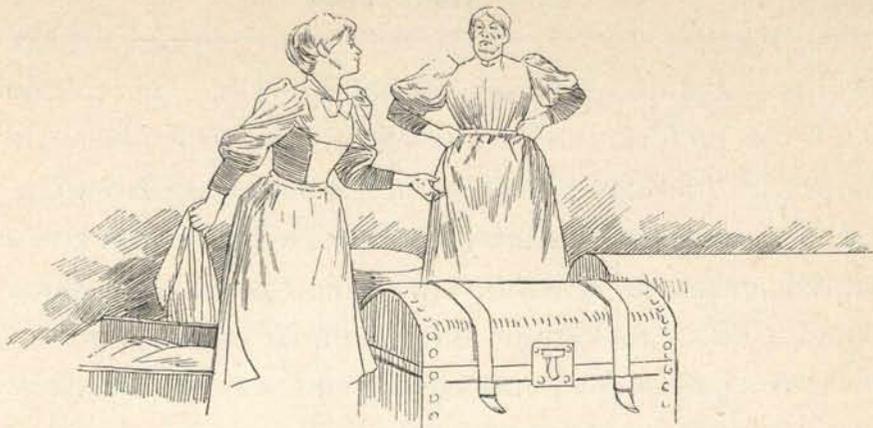
— Diré á usted, aunque le interrumpa en su discurso, que Puig es esclavo de su palabra; que ésta ha valido para mí más que todos los documentos juntos; que usted la tiene de que todo lo que constituía la fortuna de Bernaregui es de usted por renuncia de Puig, y que si aún no ha tomado usted posesión plena y entera de dicha fortuna, es por las dilaciones naturales que tan extraño caso hace precisas. Nada más me es posible decir á usted en esta materia, y como ya he respondido á las dos preguntas que deseaba usted hacerme, le ruego no prolongue más su visita, que agradezco, pero que me roba un tiempo precioso para otros clientes.

Todo esto fué dicho con suprema cortesía, pero con una frialdad ceremoniosa que dió bastante en que pensar á Benito. Saludó éste sin encontrar casi pala-

bras para despedirse de Ortiz, y ya en el quicio de la puerta, al darse la mano, le repitió el Notario:

— Y en adelante, créame usted, Sr. de Bonet, cuando desee averiguar asuntos relacionados con su amigo Puig, diríjase á él mismo y verá usted con cuánta lealtad, con cuánta exactitud y con cuántos detalles responde á todas sus dudas.





CAPÍTULO XIV

LA RECOMPENSA

Hay que hacer justicia á la humanidad. Si todos los días se registran en los anales del crimen hechos aislados monstruosos que casi nos producen el deseo de no pertenecer á la familia humana, no faltan en cambio ejemplos continuos de abnegación, de filantropía y de caridad. Sobre todo, cuando esa familia se reúne en grupos y casi forma multitudes, una voz generosa, una exclamación heroica bastan para que la chispa eléctrica del bien estalle en todos los corazones y se acometan por todos actos de sublime valor ó de caridad evangélica. El vulgo, impresionable, susceptible de amar y de odiar en un minuto, irreflexivo y vehemente, es capaz de todo lo sublime y de todo lo infame con idéntica facilidad de asimilación, y así se le ve siempre en la historia formando legiones de mártires ó de verdugos.

Pero cuando ese vulgo se hace terrible, ejerciendo su feroz poderío en provecho del mal, preciso es reconocer que causas más ó menos lógicas, pero siempre graves, persistentes y terribles, le han empujado á aquel extremo. Cuando incendia, cuando asesina, cuando arrastra lo que se opone á su paso, es que se erige en juez y pretende castigar agravios, injusticias y tiranías con más equidad y rapidez que lo han hecho los jueces legales, los reyes, los sacerdotes ó los ministros. En cambio cuando el vulgo se hace compasivo, heroico, sublime, no necesita causas anteriores; es bueno por instinto, con rapidez, con energía, espontáneamente.

Así se ven siempre en las catástrofes públicas grupos numerosos de hombres y mujeres que se sacrifican por sus semejantes, á quienes no conocen; que exponen su vida por salvar las de sus hermanos extraños, y que obedeciendo al ciego impulso de la caridad y del entusiasmo, realizan actos sublimes á que no podrían haberlos conducido discursos morales, sermones religiosos ni órdenes superiores.

En los incendios casuales ó intencionados, en los accidentes ferroviarios, en las invasiones epidémicas, en las inundaciones, en todas las catástrofes públicas, es donde se ven con más frecuencia las acciones sublimes de ese vulgo tan calumniado y de esa humanidad tan miserablemente pintada por los secuaces monomaniacos de la escuela naturalista; escuela tan hermosa y tan docta como todas las demás en manos de

los maestros, pero más perniciosa que ninguna en las de los indoctos apasionados.

No es, no, la humanidad raza perversa de Caínes, vergüenza del Criador que la formó, y manada de tigres y de hienas, alimentándose sólo de la mísera oveja ó del inocente cervatillo desprevenido á sus ataques; irredimible é irresponsable de sus actos de piratería y canibalismo, por ser engendrada del espíritu del mal y engendradora á su vez de la perpetua escoria de la creación; sin Dios, sin ley, sin conciencia, sin ayer, sin mañana, sin otra misión que la de vivir y morir, sin otro mundo más que el del planeta que habita, sin más leyes que las físicas y las naturales.

Eso sería bueno si el hombre sólo poseyera su envoltura mortal, efímera y deleznable, como todo lo que es materia; si no existiera en él el libre albedrío, la voluntad, el entendimiento, la memoria, los atributos, en fin, de su alma imperecedera:

esa noble porción alta y divina,
á mayores misterios es llamada
y en más nobles esfuerzos se termina.

Y de ello da pruebas inconcusas, ya aislada, ya colectivamente, en distintas ocasiones, en diferentes países, en diversas épocas. No á todos los hombres les es dado, ni todos los días es fácil encontrar hechos que lo demuestren, probar que por virtud de su propio ser son hijos de Dios ni herederos de su gloria;

pero si el bien fuera tan escandaloso como el mal, y nuestra prensa periódica moderna, sobre todo, dedicara una sección á la virtud, como se la dedica al crimen, nos admirarían los relatos diarios de virtudes desconocidas y de heroísmos domésticos.

En el incendio de la fábrica de Bernaregui sobra-
ron ejemplos de esta verdad consoladora. Lo que em-
pezó en casi todos por curiosidad, se convirtió pronto
en interés, cambiándose en seguida por lástima, para
terminar en entusiasmo contagioso de heroicidad y
sacrificio. Hombres, mujeres, niños, soldados, bombe-
ros, autoridades; todos, en fin, cuantos presenciaban la
catástrofe, tomaron parte activa en ella para dominar-
la y vencerla; y cuando á la madrugada siguiente, que-
daron sólo en el lugar del incendio los escombros hu-
meantes, sobre un río de fango, ni una sola persona
pensó en hacer valer sus sacrificios, ni un solo hombre
reclamó premio por sus heridas, sus quemaduras, su
heroico trabajo su sublime cansancio, su ropa destro-
zada ó sus enfermos abandonados. Todos se escaparon
á la gratitud de los interesados, todos se escondieron
á la admiración de sus paisanos, todos buscaron en el
hogar doméstico, de donde habían desertado por el
bien público, la alegre compensación de su trabajo
en la modesta obscuridad de su retiro. Todos lo ha-
bían hecho todo, nadie había hecho nada.

¿Cómo y de qué manera se fué sabiendo quiénes
eran los que más se habían distinguido en aquella
noche memorable? Difícil es saberlo: de boca en boca

y empezando por un recuerdo vago hasta concluir en una afirmación múltiple, llegó á oídos del elemento oficial cada rasgo notable, y desde la viuda y los huérfanos del guarda víctima de la explosión, recogidos en un asilo provincial, hasta el último bombero á quien fué preciso amputar un brazo y á quien se colocó de guarda en un jardín público, para cuando terminase la curación, todos encontraron un premio, si no igual á su merecimiento, apropiado á su necesidad más peyoratoria. Los que de nada necesitaban oyeron los entusiasmas plácemes del gobernador de la provincia y del capitán general, y fueron propuestos para la cruz de Beneficencia, única que quedará de seguro en el mundo de las condecoraciones, cuando el viento de la verdad arroje para siempre del templo oficial esos ridículos cintajos de la vanidad humana.

Puig fué uno de estos últimos, y cuando después de haber permanecido seis días en la casa de socorro, pudo volver por su pie, aunque cojeando y del brazo de dos ayudantes, á sus habitaciones de la fábrica, todos los obreros que le esperaban en el portalón de la casa y en la calle prorrumpieron, al verle, en gritos de entusiasmo y aplausos ensordecedores, parecidos á los de la multitud en la noche del incendio.

Lucía fué la primera que le dió el brazo en el zaguán, para relevar á uno de los que le habían conducido hasta la casa, y de su brazo subió hasta sus habitaciones, en cuya puerta esperaba Bernarda, más digna y cariacontecida que de costumbre, pero tam-

bién menos huraña y más tratable que siempre. Dos días antes habían ido las dos juntas á la casa de socorro á hacerle la visita oficial, digámoslo así, y á rogarle que á pesar de la desagradable escena del escritorio, no tomara determinación ninguna sino después de haberse instalado en su cuarto y de haberse restablecido del todo.

El bueno de Puig, á pesar de haber decidido no volver á pisar los umbrales de aquella casa, donde había vivido tantos años, accedió á los ruegos de sus dos antiguas amigas, prometiéndoles que hasta su total restablecimiento aceptaría su hospitalidad, puramente familiar y femenina, pero que no había de hablarse una palabra de negocios ni de arreglos con Benito, el cual no había ido á verle, siquiera por fórmula, á la casa de socorro en los seis días que había permanecido en ella, con gran sorpresa de todos.

¿Qué más? En aquel momento tampoco estaba allí, como todo el mundo, para darle la bienvenida y para recibirle. ¿Es que se había propuesto no volver á hablarle, considerándole como el último de los extraños, ó que llevaba tan adelante su puntillo de principal, que no quería dar á torcer su brazo en la reyerta anterior? ¿Quién sino él se acordaba ya de ella?

Lucía y Bernarda se apresuraron á disculpar su ausencia en aquel momento, diciendo á Puig que Benito había sido llamado por la dirección de la sociedad de seguros, y que en cuanto regresara, pasaría á verle. Ni una palabra se habló, como era natural y

convenido, de las disidencias pasadas, y su larga conversación se redujo al acontecimiento supremo y á comunicarse los diferentes detalles que unos y otros ignoraban. Los trabajos de la fábrica estaban paralizados totalmente, hasta la recomposición de alguna máquina, la compra de otras y la limpieza y separación de escombros de las partes principales del edificio. Luego empezaría el examen y clasificación de mercancías averiadas, seguido de ventas en grueso y en pública subasta de las que se encontraran en este caso, con absoluta separación de las que existían incólumes; reconstrucción del edificio para más adelante, y reapertura completa de la fábrica para dentro de seis meses, que era el plazo marcado por los arquitectos.

La quemadura de Puig no ofrecía cuidado, siempre que continuara con la medicación y la cura dispuesta y permaneciendo en una quietud absoluta hasta ser dado de alta por los médicos: cuestión de veinte ó treinta días todo lo más. Con su grata compañía y su asidua tertulia, sobre todo por las noches, harían las dos mujeres lo posible para que no fuera tan largo el plazo señalado por la ciencia, y ningún enfermo sería más atendido ni mejor cuidado que él, en la que ahora, como antes y como siempre, no podía dejar de ser su casa.

Si el que calla otorga, otorgaba á todas estas razones Puig, porque respondía con el silencio á tan amables ofrecimientos y á tan cariñosas promesas. Una

sola vez abrazó cariñosamente á su ahijada, y fué cuando la suplicó que indicara á Ramiro, si tenía ocasión de verle, que desearía hablarle, para darle gracias por lo bien que se había portado la noche del incendio, salvando, casi él solo, todo el escritorio y los copiadores y libros de correspondencia comerciales. Lucía, encarnada como una amapola, le contestó en voz alta, pues no guardaba misterios en este asunto con su tía, que sólo veía á Ramiro un rato por las tardes, cuando su padre se iba á pasear solo por la Rambla, pero que aquella misma tarde le manifestaría su deseo.

— ¿De modo — la respondió Puig — que el mozo se considera despedido desde el otro día y no ha habido avenencia?

— Desde la otra mañana no ha vuelto á la oficina, y mi padre no ha preguntado por él ni por nadie. Se conoce que se considera libre de todo compromiso con sus antiguos empleados, y ni ha buscado otros nuevos, ni se lamenta de la ausencia de los antiguos. Ni sé lo que piensa, ni á nosotras nos habla más que lo indispensable para mandarnos. Esta es una situación insostenible, que no puede prolongarse y que no sabemos en lo que vendrá á parar.

Las lágrimas se agolparon á los hermosos ojos de Lucía, y diríase que Bernarda, á haber podido llorar de otra cosa que de rabia, la hubiese acompañado en aquella circunstancia solemne.

— Tu padre, hija mía, está enfermo; no me cabe

duda. Yo no me acuerdo, ni quiero acordarme de lo que me ha ofendido; no le guardo rencor por el modo con que me ha tratado, y emplearé todos los medios que me sugiera mi afecto entrañable y mi pobre entendimiento para curarle. Su mal es tan grave, que de no hacer pronto crisis y encontrar en su propia intensidad una rápida y total curación, podría darnos que sentir. Fía en Dios, ahijada mía, y fía también en mí. Yo creo que muy pronto le volverás á ver como siempre fué, padre amante, amigo leal y hombre de bien, y su amor por ti volverá á ser tan grande como antes.

— Si para ello fuera preciso pedir á Dios la miseria, mi enfermedad ó mi muerte, crea usted que no vacilaría en pedirselas ahora mismo.

— Lo sé. Te quiero por buena hija y por buena muchacha, y si aprovechabas tú tambien la lección que Dios te ha dado indirectamente, nada habrás perdido en este cambio de tu padre, que tanto te ha afligido.

— No sé lo que quiere usted decir; pero estoy dispuesta á secundarle en todo y fío completamente en sus palabras.

— Y creo que para un enfermo son demasiadas las que nuestra charla le proporciona — dijo Bernarda levantándose.

Imitóla Lucía, y ambas dejaron solo á Puig, ofreciéndole volver en cuanto cenaran, para pasar á su lado las primeras horas de la noche.

Algunas después penetró Benito, con el ceño adusto de costumbre y una solemnidad que no dejaba de ser cómica, en la habitación del enfermo.

Poco expansiva y menos tierna aún fué la entrevista de los dos amigos. Disculpóse como pudo Benito, por sus muchas ocupaciones en circunstancias tan tristes, de no haber ido á visitarle á la casa de socorro: hízole de un modo más frío los mismos ofrecimientos que le habían hecho su hermana y su hija, y no abordando ninguna cuestión de intereses, ya se disponía á marcharse, cuando Puig le detuvo, diciéndole con semblante severo y fijando en él su mirada:

— Sé por Ortiz de Llauder, que me ha acompañado algunos ratos, la visita que le hiciste, apenas dominado el incendio, la otra mañana, y á las dos preguntas que le dirigiste, y á que él no podía contestarte, voy á hacerlo yo en el acto para no retardar más tu natural inquietud y tu no muy benévola impaciencia.

— Yo ignoraba la gravedad de tu herida, y era muy lógico que deseara saber la situación de mis intereses en aquel momento.

— Tienes razón; pero respecto á lo primero te diré que la mejor manera de saber si era ó no grave mi estado, era haberlo ido á ver por ti mismo, y allí á mi lado hubieras podido saber por mi boca lo que en vano fuiste á preguntar al notario, con gran sorpresa suya y no mucho contento mío.

— Te has vuelto tan suspicaz de poco tiempo á esta parte, que me veré precisado, para entenderme

contigo en adelante, á no dar el menor paso que contigo se refiera. ¿Qué más da que te lo preguntara á ti ó á Llauder?

— Algo da más, puesto que sólo con haber ido á verme, como ha ido todo el mundo al saber mi accidente, te hubieras evitado las preguntas al notario ó á mí. Yo antes que lo hubieras preguntado te lo hubiese dicho, y de esa manera, sobre haberte portado bien conmigo y como nuestra antigua amistad exigía, te hubieras ahorrado el disgusto que aún debe durarte por tu curiosidad no satisfecha. En casa segura, que tú conoces, están los fondos que existían en la caja del escritorio, en billetes y oro, y que traté de salvar lo primero aquella triste noche, así como los libros mayor y diario y otros, que llevó sobre su cabeza un dependiente de la casa. Ahora mismo, puesto que ya estoy aquí, mandaré por todo: lo traerá el amigo leal que admitió el depósito sagrado, sin darme recibo ni documento ninguno, y por este punto ya puedes estar tranquilo.

— Ni lo estoy ni puedo estarlo. ¿Quién te dice que ese hombre, tentado de la codicia, en esos seis días que ha tenido en su poder esos fondos, no niegue ahora semejante depósito, y tú sin testigos ni prueba te encuentres conmigo en tan terrible descubierto? Vamos á ver, responde: y dime si soy yo el descon siderado ó tú el visionario y el demente en fiarte así de cualquiera.

— ¿Pero es posible que el afán del dinero tuerza

los caracteres hasta el punto de hacer del tuyo un almacén de malos pensamientos y un depósito de peores juicios? No quiero contestar á tu idea de que la mala conducta de mi amigo me hiciera quedar á mí en descubierto contigo, puesto que en caso idéntico yo hubiera dicho con *nosotros*, haciéndome solidario de la pérdida; y responderé sólo á tu temor primitivo. Mi amigo, que no lo es tuyo ya, puesto que tan mal le juzgas, es un honrado comerciante incapaz de cometer acción tan villana y miserable. No te digo su nombre por evitarle la vergüenza de tener que sonrojarte ante él cuando le veas. Mi amigo, como te decía, ha ido á verme todos los días, y esta misma mañana quería aún dejarme el recibo que tiene hecho desde el momento que salí de su casa entregándole los fondos y que yo no quise recibir entonces ni hoy. Esta misma tarde vendrá con su hijo á hacerme la entrega, y en el acto puedes tú mismo volver á encerrar en la caja, cuya llave te entrego en este momento, cuanto yo saqué de ella. Cuéntalo, no en mi presencia, porque yo no necesito semejante exactitud fiscal, y date por respondido y enterado de todo esto. Pasemos al otro asunto.

— De ese hablaremos cuando estés completamente restablecido, que ya no puede tardar. Tengo tu palabra de que respetas y cumples con la carta postrera de Bernaregui, y me considero por lo tanto como heredero universal de todos sus bienes. Yo haré el balance, como es justo entre comerciantes, de todo lo

que dejó á su fallecimiento y de cuanto hoy me entregues, y la diferencia ó déficit que ha de existir de seguro entre ambos capitales, servirá de base para un arreglo definitivo entre nosotros. Yo no he de exigirte judicialmente el reintegro; pero será preciso que de esa liquidación te obligues á devolverme, en los plazos que convengamos, lo que seas en deberme, y uno y otro quedemos como nos corresponde en asunto tan delicado y de tal trascendencia.

—¿Conque es decir, amigo Benito, que siendo yo el heredero legal de nuestro común amigo Bernaregui, y habiendo yo usado de su herencia con derecho y justo título, al respetar una carta, que á nada me obliga judicialmente, me exiges la entrega total de esa fortuna, como si yo tuviera otra con que responder á tu deseo, y como si al poseer tú hoy todo lo que de ella quede, no fueras impensadamente mucho más rico que tú podías figurarte haberlo sido nunca? ¿Conque es decir que cuando yo no apelo á mi derecho para disputarte esa herencia, sólo mía por la razón y por la ley, tú vas á apelar á la ley y á la justicia para liquidar esa herencia, que no es tuya sino por mi conciencia, y á obligarme á reconocer como deudor tuyo los pagos de la diferencia que resulte entre la fortuna que recibí de Bernaregui, y que he gastado en todos vosotros, y la que hoy representa la casa? Pues dígotte, amigo mío, que ó estás loco, ó todo lo que haces debes hacerlo soñando. Despierta á tu razón, si te es posible, y no tires de la cuerda hasta hacerla saltar

en perjuicio tuyo, cosa que podrá suceder con gran facilidad.

— Concluyamos de una vez, Juan, con estas cuestiones enojosas que á ambos nos pueden sacar de quicio. Yo he pensado mucho, yo he cavilado muchísimo desde hace un mes, y todo lo que veo me confirma en mis creencias y en mis resoluciones irrevocables. Seamos francos, y aquí que nadie nos oye, aclaremos para siempre el asunto. A Bernaregui se le cohibió en su última enfermedad. Eso es indudable. De buen ó mal grado, esto es más probable, se le obligó á hacer un testamento que repugnaba á su conciencia y á su voluntad, y tomaras tú parte activa en ello, ó fueras inocente de esa infamia, te encontraste heredero de toda su fortuna, sin que el testador tuviese en cuenta en aquel testamento mi amistad, tan antigua como la tuya, ni mis servicios, tan grandes como los tuyos. Arrepentido el mismo, antes de morir, de su injusticia, y creyendo castigar á los que habían abusado de él, escribió la carta testamento, que no es otra cosa, que confió á otra persona para que la presentara en seguida en la notaría. ¿Qué persona fué esa, y cómo cometió la nueva infamia de no presentarla hasta tres largos años después de la muerte del testador? Esos son misterios que puede muy bien descubrir una información judicial, si llegara el caso de tener que entablarla. Pero el hecho existe, y todas las argucias del mundo no bastarán á destruirle. Yo ya he tomado mis informès, como era muy natural

que lo hiciera quien como yo no está versado en cuestiones de derecho, y sé perfectamente, por los abogados á quienes he consultado, que toda la razón está de mi parte; que puedo impunemente apelar á un pleito, y aunque su tramitación fuera larga, recaería sentencia en mi favor. En este caso estamos, y por lo tanto creo que lo que exijo de ti es lo más razonable y lo más justo. Yo olvido el testamento primero, ofensa directa de Bernaregui; yo olvido que el testamento segundo ha estado oculto intencionadamente por espacio de cerca de cuatro años, detentando mis derechos y mi fortuna; yo olvido tu negligencia en darme posesión de ella y tu intención, como veo, de que yo tome lo que tú quieras darme á beneficio de inventario y en cualquiera forma; pero fuerte en mi derecho, reclamo todo lo que me corresponde; y lo que haré, en prenda de amistad y como recompensa á tu heroica acción de la otra noche, es aceptar los plazos que me propongas y en la forma que elijas, para reintegrarme de las cantidades que seas en deberme al hacer juntos la liquidación necesaria.

— La recompensa es tan sublime, que prueba lo meritorio de la acción. ¡Lástima grande que no hubieras estado la otra noche, como era tu deber, al frente de cuantos trabajaban para librar tu hacienda, y yo no hubiese llegado á tiempo para romper la válvula que salvó algunas vidas! Entonces la tuya hubiera concluído, sin tener jamás que avergonzarte de ella. ¿Era para todo esto para lo que exclamabas

tan á menudo: «*¡Si yo fuera rico!*» Rico eres ya, según parece; pero rico sin entrañas, rico sin creencias, rico sin generosidad, rico sin memoria, y lo que es peor, ¡rico sin *alma!* En tu hidrópico afán de contar tu dinero, de manosear tu fortuna, de gozar de tu herencia, calumnias á tu bienhechor, insultas al amigo de toda tu vida, ofendes á cuantas personas han intervenido en su última voluntad, reniegas de tu pasado, desconoces la razón, la justicia y el derecho y te revuelves airado contra las leyes divinas y humanas, contra la razón, contra todo lo que ataja tu insaciable apetito. Ya para ti no hay familia, porque la desconoces y la maltratas; ya para ti no hay amistad, porque reniegas de ella y la invocas sólo para tiranizarla y desconocerla; ya para ti no hay deberes de conciencia, porque tu egoísmo y avaricia acallan las voces de la propia y no quiere reconocer la santidad de la ajena. Mal padre, mal amigo, mal hombre y mal rico, en vez de consolar, de agradecer y de amar, calumnias, injurias, odias y maldices. ¡Miserable eres, y miserablemente acabarás!

Olvidándose de sus dolores y de las prescripciones médicas, Puig se había levantado del sillón donde estaba casi tendido, y pálido y conmovido, pero severo, frío y amenazador, accionaba con energía y daba á su voz entonación solemne y vigorosa.

Benito, absorto al principio, había recobrado su serena actitud, y con los ojos casi fuera de las órbitas, el semblante torvo y la boca convulsa escuchaba, rojo

de indignación y de soberbia, las irritadas palabras de Puig.

Apenas concluyeron de sonar en sus oídos, sin tener en cuenta la situación excepcional en que su amigo se encontraba, sin reparar en que le daba hospitalidad en su propia casa, y un techo hospitalario es sagrado siempre, echando espuma por su boca y como si fuera á ser presa de una congestión, rojo como la grana y balbuciente, respondió, ó mejor dicho, gritó:

— ¡Mientes, mientes una y mil veces! Vosotros sois los infames, los injustos, los calumniadores. Todos, todos los que me contradicen y me desobedecen y me injurian son los que muy pronto tendréis que responder ante la justicia humana primero y la divina después de vuestras palabras y vuestros actos. Yo he sido eliminado, robado, ultrajado por todos vosotros, y tú con tu fingida y traidora amistad, y mi familia con su exigente y desordenada conducta, y el notario con su culpable complicidad, y cuantos me rodean y cuantos me desafían, sufrirán las consecuencias de mi justa cólera. Para unos la cárcel, para otros el presidio, para todos la ruina y la miseria: ¡para mí solo la riqueza, el fausto, el dinero, la tranquilidad de espíritu y la felicidad sobre la tierra!

— Vete, Benito, vete, y no me obligues á que ahora mismo, sin reparar en nada, sin poder moverme, huya de tu casa para siempre y te castigue del modo más cruel que puedas imaginarte.

— Tu herida..., ¡farsal; tu generosidad..., ¡mentira!; tu amenaza..., ¡risible y estúpida! ¡Vete, en buen hora, puesto que has desoído mis razones, y prepárate mañana á responder de tu conducta ante los tribunales!

— Abusas de mi estado y eres un miserable y un cobarde. Mañana, ni un día más tarde que mañana, te habré castigado como mereces.

Y pálido y sombrío, sin reparar ni recordar su herida, Puig se lanzó á la puerta para salir de la habitación. Sus fuerzas le engañaron; y mientras Benito huía por el corredor, y acudían á las voces Bernarda y Lucía, él, vencido por el dolor, cayó desplomado sobre el pavimento.

Levantado por las dos mujeres, fué preciso echarle en el lecho, y sólo á sus ruegos y á sus lágrimas cedió vencido, exigiéndolas que á la mañana siguiente viniera temprano un coche para conducirle á una fonda. Ni ellas se atrevieron á preguntarle lo ocurrido, ni él las dió explicación ninguna para calmar su ansiedad, aumentada con el tenaz silencio de Puig y sus quejidos por el dolor que le causaba la herida. Curáronle con esmero sumo, y cuando le vieron reposado y más tranquilo salieron de puntillas de la habitación. Benito había salido de la casa, casi huyendo de sí mismo.

Pocos momentos después contaba Lucía á Ramiro la llegada de Puig, su deseo de hablar con él, manifestado por éste, y el resultado de la entrevista de su padre con el enfermo, que había producido la crisis inexplicable en que el enfermo se encontraba.

Dos hombres modesta y limpiamente vestidos preguntaban por Puig en aquel momento. Eran el comerciante y su hijo, que traían el dinero y los libros depositados por el cajero en casa de aquéllos la noche del incendio. Ramiro se encargó de recibirlos, y juntos entregaron á Bernarda, delante de Lucía y del conserje, á quien llamaron como testigo, aquel dinero recibido sin documento alguno. No podían colocarle en la caja, porque Ramiro no tenía la llave y no quisieron molestar á Puig por su dolencia exacerbada.

Mientras, Benito andaba como un loco y casi corría hablando solo, gesticulando y llamando la atención de cuantos encontraba á su paso.

Triste, tristísima noche fué para todos la que siguió á aquel día de emociones y de disgustos. Lucía apenas quiso conceder á su amado Ramiro un cuarto de hora de amoroso coloquio, temiendo la repentina llegada de su padre. Bernarda, que seguía con decidido empeño su proyecto de abandonar para siempre la compañía de su hermano, excitada por la escena que había supuesto entre los dos amigos, pasó la mayor parte de la noche en colocar toda su ropa y sus efectos propios en dos baúles mundos, dejando desocupados los cajones de la cómoda.

Puig, aunque calmado ya de la excitación nerviosa que le obligó á decir frases que no hubiera querido pronunciar nunca, apenas pudo conciliar el sueño, revolviendo en su mente todo un plan de conducta que quería desarrollar con frialdad y calma al siguien-

te día; y el pobre Ramiro, sin darse exacta cuenta de lo que ocurría en aquella casa, centro antes de la paz y la concordia, se devanaba los cascos por adivinar misterios que no estaban de seguro al alcance de su inteligencia. Si aquella situación se prolongaba, hasta su mismo modesto presente se vería comprometido: ¿cómo no había de considerar expuesto su venturoso porvenir?

Las horas transcurrían, y Benito no había regresado á su casa, contra la costumbre de treinta años, antes de las doce. Cerca de la una era ya cuando llamó á la puerta de la calle, y sin hablar con nadie y sin responder á su hija que salió azorada á recibirle, penetró en su alcoba y se arrojó vestido sobre su cama.

Más horrible que para todos fué para él aquella noche, precursora inconsciente de su salvación y de su dicha.



CAPITULO XV

EL ESPEJO. — ¡QUIERO SER POBRE! — CONCLUSIÓN

Dice con su incomparable talento el ilustre novelista gloria de la literatura española contemporánea José María de Pereda que no puede negarse que el *medio ambiente*, tan traído y llevado ahora por la gente de su oficio, influye mucho en la condición moral y hasta en el desarrollo físico de los caracteres y de las naturalezas; pero no es menos cierto que los hay de tal fibra que, con ambiente ó sin ambiente, echan impávidos por la calle de en medio, y por ella siguen sin torcerse ni extraviarse, aunque los ladren canes y los tiren vestiglos de la ropa.

Prueba certísima de la exactitud de esta reflexión fué en esta nuestra verídica historia el cambio brusco total y absoluto acaecido en el carácter, costum-

bres é idiosincrasia del bonísimo Benito. No bastó el medio ambiente en que vivió cuarenta años, ni lo pacífico y sencillo de sus gustos, ni la humildad de sus modestas aspiraciones para que perseverara en la práctica de sus virtudes, si así pueden llamarse las condiciones negativas de un carácter para pensar el mal á sabiendas y llevarle á cabo con premeditación y alevosía. Benito se había tenido siempre por bueno, y por tal le habían juzgado cuantos le conocían durante los cuarenta años que vivió como dependiente de su principal y como principal de los otros dependientes. Tolerante con los holgazanes y los viciosos, protector de los quejosos en todos terrenos con razón ó sin ella; siempre dispuesto á pedir favores para otros, exagerando la imposibilidad en su posición de hacerlos por sí mismo; amable hasta la llaneza con los inferiores, sumiso hasta la servidumbre con su superior jerárquico, alcanzó fama universal de hombre de bien, de débil, de manso, de infeliz.

Jamás se atrevió á contradecir los gustos y preferencias de su hija, ni mucho menos á luchar con los caprichos y órdenes de su hermana Bernarda, á quien siempre consultó como á un oráculo y respetó como á un jefe. Falto por completo de iniciativa, lo mismo en los asuntos de la casa de comercio que en los de su hogar, jamás interpretó el espíritu de las leyes humanas ni divinas: atúvose á la letra, y en su fiel y completa observancia creyó que estaban vinculados el deber y la obligación del hombre honrado. Parecíase á esos mi-

litares subalternos modelos, capaces de morir defendiendo el puesto que se les confía, pero incapaces de dirigir con acierto cualquier operación estratégica encomendada á su dirección. Perteneecía, pues, por derecho propio y sin duda por ley de nacimiento á esa serie de hombres destinados á obedecer é inútiles para mandar; ejemplares preciosos y correctos en el primer caso, y detestables en el segundo. Como el caballo de carga ó acarreo, robusto, fuerte, incansable en su servicio, dócil á la voz, que se viese destinado, sin preparación ni condiciones, á disputar un premio de velocidad en la brillante carrera de un hipódromo, así el bueno de Benito se había visto elevado desde la mansedumbre pacífica de su medianía á la voluntariosa iniciativa del mando, y en vez de afirmarse en aquella altura, había caído despeñado al abismo de la nulidad y de la impotencia, no sólo á sus propios ojos, sino *coram pópulo*.

Pero la indomable vanidad humana, rémora verdadera de todo sentimiento racional, le ponía una venda en los ojos, cada día más tupida, para impedirle ver el desastre de su propia derrota, y por ella achacaba á errores y faltas ajenas lo que debía tratar de enmendar en sus actos y en sus ideas. Altiveces desacostumbradas en su carácter, deficiencias de su criterio empeoraban su estado moral y aturdían su inteligencia, antes perezosa, pero sensata, y hoy activa, pero disparatada.

¡Horrible noche la que siguió al día de los últimos

acontecimientos, y más horrible amanecer! Pálido, demacrado, lanzóse del lecho á los primeros rayos del nuevo sol, y como si sólo hubiese esperado una ráfaga de luz para librarse de las horrendas tinieblas de su espíritu agitado, salió de su alcoba y se encaminó con paso vacilante y receloso á las habitaciones de su familia. El espectáculo que presenció le heló la sangre en las venas por breve espacio y le hizo con la rapidez de una reacción congestiva afluir á su rostro aquella sangre en negros borbotones. Su hermana cerraba sus baúles con ayuda de su hija y el gabinete parecía desmantelado. Cuantos objetos de adorno ó de tocador publicaban el sexo de sus dueños habían desaparecido. Trajes, telas, ropas, cuadritos preferidos de devoción ó de arte, éstos en cortísimo y no muy escogido número, estaban ya guardados en los mundos para ser transportados inmediatamente lejos de su acostumbrado sitio, y sólo quedaban en aquellas habitaciones los muebles más viejos que antiguos en completo desorden y cubiertos de polvo des acostumbrado. Papeles rotos por el suelo, algunas prendas en desuso y distintos paquetes que habían de llevarse á la mano, daban á la casa el triste aspecto de vivienda que va á ser en el acto abandonada, pregonando una desgracia repentina ó la muerte de un ser querido. Tendió los ojos Benito por aquel desastroso aparato, y sorprendiendo á las que lo causaban en su apresurada faena á aquella hora intempestiva, no hizo más que una rápida pregunta:

— ¿Qué es esto?

Lucía bajó los ojos, aún encendidos por el llanto vertido aquella noche, y no se atrevió á responderle; pero Bernarda, procurando dar á su contestación el tono más natural y sencillo, le dijo, casi sin mirarle:

— Dejarte en libertad y obedecerte. Tu hija y yo nos vamos para no presenciar los horrores de tu continuo enojo y las consecuencias de tu carácter. Ya tengo arreglados mis asuntos, elegida la honrada casa donde hemos de vivir, y ya sabrás de nosotras diariamente para que nos dictes tus órdenes desde lejos, ya que no puedes sufrirnos de cerca.

En aquel momento la vela que aún ardía expirante en su candelero, y que manifestaba haber ardido toda la noche para alumbrar el trasiego de la mudanza, arrojó su última llamarada. Hacia aquel objeto indiferente y trivial lanzó su mirada Benito, y devorando su enojo, respondió á su hermana, sin mirarla:

— ¡Bien hecho! ¡Cuanto antes mejor!

Lucía rompió á llorar, y sus sollozos en vez de templar la cólera de su padre, la enardecieron y la excitaron.

— ¡Fuera lágrimas ridículas! ¡Fuera desobediencias hipócritas! ¡Yo, y sólo yo! ¡Yo soy el amo, yo el jefe, yo el rey, yo el Dios! ¡Lejos de mí todo lo que me ofenda, me desobedezca, me injurie, ó me resista!

Vió sobre la cómoda de Bernarda los sacos de oro y los fajos de billetes que habían dejado la tarde anterior el comerciante amigo de Puig y su hijo, y co-

giéndolos con ambos brazos, y sin dirigir más palabra á las afligidas mujeres, se dirigió con ellos al escritorio y corrió por dentro el pestillo de la puerta. Estaba completamente solo en aquella habitación grande y aun no del todo alumbrada con la luz del nuevo día. Abrió con mano trémula el arca de valores, y con agitación nerviosa vertió en ella los talegos que había llevado hasta la mesa grande. Rodaron las monedas de oro por el mostrador de la caja en desordenado arroyo, formando grupos irregulares y produciendo el sonido *sui generis* que no puede confundirse con ningún otro.

Desencajado, lívido, con el cabello en desorden, las manos crispadas y la mirada más aterrada que terrorífica, cayó Benito sobre aquel montón del áureo metal como el tigre sobre su presa, como el avaro sobre su tesoro. Jamás hasta aquel momento habían producido en él efecto tan extraño la vista y el ruido del oro. Mil veces había traído sobre sus hombros, desde otra casa de comercio á la de Bernaregui, mayores cantidades que las de aquel día: en los tres años que desempeñó con Puig el empleo de cajero, muchas noches había hecho los balances, pudiendo contar y recontar con tranquila serenidad mayores sumas, y jamás hasta aquel momento le había parecido que las monedas y los billetes de Banco formaran parte de su ser y sangre de su sangre.

Contaba muchas veces la misma cantidad, y la colocaba apilada en la caja: deshacía los fajos de bille-

tes, los examinaba, los contaba también y los colocaba sobre las pilas de oro, y todo esto con nerviosa inquietud, con placer, con recelosas miradas, pronunciando frases entrecortadas, entre las que se oían las siguientes:

—¡Así lo quieren todos! ¡Sea! Ya me explico su rebeldía, sus protestas... Desde que soy rico, todos desean mi ruina..., todos quieren robarme. ¡Mundo cruel, egoísta, injusto!.. ¡Cuanto me querían, hoy se conjuran para dejarme solo!.. ¡Mejor! ¡Tanto mejor! ¡Qué á gusto voy á quedarme sin ellos! ¡Haré todo cuanto me convenga y nadie se opondrá á mis deseos! ¡No seré amigo de nadie, ni hermano, ni padre! ¡Seré rico y nada más que rico, y feliz y millonario!

Y á cada palabra que en su soñar despierto pronunciaban sus trémulos labios, hundía sus manos calenturientas en los montones de monedas, que rodaban, se apilaban, se sobreponían unas á otras y llenaban extendidas la mesa mostrador y las planchas de hierro del arca de caudales.

De repente y como si un ruido inusitado le hubiese sacado de su abstracción, alzó la cabeza y giró en derredor suyo una mirada inquieta y recelosa. Por primera vez en su vida le vino de repente á la imaginación la idea de ser robado, y á pesar de haber corrido él mismo el pasador de la puerta de entrada, la examinó de nuevo, así como las maderas de los balcones y las mamparas de su despacho. No satisfecho con aquella rápida, pero minuciosa revista domiciliaria,

abrió la mampara y penetró en la pequeña habitación, que, como hemos dicho otras veces, servía de despacho particular al principal de la casa.

Allí, entre aquellas cuatro paredes, había vivido años y años su amigo Bernaregui, dirigiendo sus negocios, calculando sus operaciones comerciales, inspeccionando los trabajos de la fábrica, protegiendo á unos, premiando los afanes de otros, y siendo el alma de aquella casa que por él se elevó á gran altura y para él fué ocupación constante y trabajo cotidiano y alegría y distracción continuas. En aquel sillón, que nadie ocupaba en aquel momento, le había visto meses y años, con su afable sonrisa, su dulce palabra, su confiado gesto, hablarle cariñoso y ordenarle benévolo.

Surgió de pronto aquella sombra evocada por su conciencia, y le pareció que Bernaregui vivo le contemplaba airado desde su asiento. Dió dos pasos hacia adelante para cerciorarse de si estaba bien despierto, y apartó de su frente, no el cabello que sudoroso y frío casi le cubría los ojos, sino la idea que tenaz y sombría se enseñoreaba cada vez más de aquel cerebro enfermo y extraviado.

A la imagen de Bernaregui reemplazó en el acto la de Puig, que también había ocupado aquel asiento durante cuatro años; pero esta imagen aún era más triste y su mirada más iracunda y más enojada.

— ¿Qué me quieres, y por qué estás á estas horas en mi despacho? Ese sitio no es ya tuyo, sino mío:

pertenece al principal de la casa, y yo lo soy únicamente; no tú que ya no eres el heredero de nuestro amigo, ni más que mi dependiente. ¡Levántate, sal de aquí y espera mis órdenes!

Y con la mano levantada y el ademán enérgico avanzó resuelto hacia el sillón vacío, con intención sin duda de unir la acción á la palabra y arrancar por la fuerza de su sitio á aquel incómodo huésped, tirano de su reposo y verdugo de su dicha.

A la mitad del breve camino que le separaba de aquella fatídica visión, de aquel fantasma irritado, le detuvo un ruido seco y prolongado que partía de la calle. Rápido como el pensamiento se dirigió al balcón, y abriendo las vidrieras, una bocanada de aire fresco y benéfico que entró por ellas refrescó sus sienes y disipó las sombras de su espíritu. En cambio lo que vió le hizo estremecer. Era un coche, destinado sin duda á llevarse de aquella casa, que era la suya, á su hermana y á su hija, tal vez para siempre, huyendo de su lado, escapándose de la desdicha de tener que obedecerle y sufrirle. En el mismo instante que contemplaba absorto el carruaje, otro coche, viniendo por distinta dirección, se paró también en la puerta de la fábrica. Salieron de él dos hombres, en quienes Benito reconoció al comerciante y su hijo amigos de Puig, que sin duda venían á buscarle para llevarsele á su casa.

Retrocedió Benito del balcón, pálido como un muerto, y dando rienda suelta á su furor, y no pre-

sa ya de fantasmas ni visiones, sino en el pleno uso de sus facultades, prorrumpió en frases de ira y en ademanes amenazadores.

— ¡Todos! ¡Todos fuera de aquí! ¡Yo los despedido, yo los arrojo de mi lado! ¡La casa es mía! ¡Mío el oro! ¡Mía la fortuna!

En aquel instante se retrató su imagen en un espejo colocado frente al sillón vacío sobre una mesita llena de papeles y retratos fotográficos. Verse Benito retratado en el cristal y retroceder aterrado fué obra de un segundo.

— ¡Dios mío! ¿Yo?.., ¿soy yo ese hombre? ¿Ese cadáver abortado en mal hora de su propia tumba?

Y se miraba con avidez, y se contemplaba absorto.

— ¡Yo!.. ¿Es ese mi semblante siempre risueño y apacible? ¿Es esta mi frente sin arrugas, mis labios sin ceño? ¡Esto es un sueño horrible ó una realidad más horrible que el mismo sueño! ¡Solo! ¡Estoy solo! ¡Antes todos me querían, me buscaban, y hoy..., hoy..., todos huyen de mí... y se alejan y me dejan morir como un perro!.. ¡No quiero! ¡No puede ser!

Y dió varios pasos, y salió del despacho, y cruzó el escritorio, y recorriendo el pestillo de la puerta, hiriéndose en la mano, gritó desde el umbral:

— ¡Socorro, socorro! ¡A mí! ¡Yo me muero! ¡Favor!..

Y cayó exánime y sin aliento en el mismo sitio.

Sus gritos habían sido tan estridentes, tan terribles, que aún duraba el eco de aquel sonido aterrador, cuando apareció por el corredor un mozo de la

fábrica. Corrió á ver quién era aquel hombre que gritaba de aquel modo, y al reconocerle salió gritando más que el mismo Benito.

— ¡Socorro! ¡El amo se muere! ¡Aquí todos!..

Pasó algún tiempo antes de que acudieran á sus voces; pero el criado se dirigió á las habitaciones del principal, de donde salían ya, precedidas de sus baúles mundos, Lucía y Bernarda, y que en cuanto supieron de lo que se trataba, corrieron solícitas y sobresaltadas al escritorio. Por su puerta pasaba en aquel momento Puig, apoyado en los brazos de sus dos amigos, y los tres se detuvieron aturdidos ante el triste espectáculo que se presentaba á sus ojos.

Lucía, la hermosa Lucía, abrazaba á su padre y le besaba con todas las fuerzas de su alma, inundado su bello rostro por un mar de lágrimas, mientras Bernarda gritaba y pedía socorro con estridentes chillidos.

No tardó en acudir una criada con un vaso de agua y algunos hombres con botellas de vino, vinagre y aguardiente, según sus gustos y la opinión de cada uno acerca del líquido conveniente para devolver el aliento á un padre desmayado; y en los brazos de Lucía y después de suspirar como un moribundo, abrió Benito los ojos, y al reconocer á los que le asistían y al verse rodeado de rostros antes tan queridos y momentáneamente para él tan odiados, dijo:

— ¡Ah! ¡Ya sé lo que es..., amigos míos, queridos seres de mi alma! Ya sé la enfermedad que padezco.

— Vamos, vamos, déjate ahora de reflexiones y ven á la cama; nosotras te llevaremos — dijo doña Bernarda con el acento de mando que antes usaba para tratar con su hermano.

— Sí, papá..., no hables ahora; dame un beso y ven-te conmigo.

— Un beso, no; ¡mil, cien mil, vida mía! — dijo el pobre anciano, comiéndose á besos el hechicero rostro de su hija, que lloraba cada vez más, sonriendo ahora de placer y de dicha, mirando sin cesar á su padre.

— ¡Dejadme, dejadme! — decía Benito, sin querer moverse de aquel sitio, donde ya estaba de pie, gracias á los esfuerzos de los varios obreros que le rodeaban. — Aquí, aquí mismo, delante de todo el mundo, y á gritos, como los que he dado para que me socorráis, he de decirlo todo. ¡Ya sé lo que tenía, lo que me hacía infeliz, lo que me quitaba el sueño y la felicidad!

— ¡Vamos á ver! ¿Qué era, pobre tonto? — le preguntó riendose Puig.

— ¡El dinero! Ese maldito dinero que está aún rodando por la mesa y por la caja, sin que nadie se cuide de esconderle. Yo viví siempre en la modesta medianía, casi en la pobreza. ¡Yo anhelé, yo pedí siempre á Dios la dicha de poseerle, y en cuanto le he visto caer á espuestas en mi bolsillo, se me ha subido á la cabeza y le tenía aquí!., y aquí me asesina-ba..., y aquí me volvía loco...

Y el pobre hombre se golpeaba la frente con sus puños cerrados.

—Y no sirve que yo quiera y que yo procure y hasta prometa enmendarme. Si continúo teniéndole, volveré más tarde ó más temprano á caer en la misma locura y en idénticas aberraciones; y llegaré á aborreceros á vosotros, á quien quiero con todo mi corazón; y no seré el buen Benito que siempre he sido, sino un miserable avaro, un estúpido vanidoso, un amo cruel y un demente furioso á quien será preciso matar á palos, ó encerrar en una casa de orates, para verse libre de sus infamias. ¡Afuera de mí semejante peligro! ¡Yo no quiero oro ni fortuna! ¡Yo no quiero perder mi razón y mi calma y mi dicha, y mi alma después de mi cuerpo! ¡No, Juan mío! ¡Yo no sé ni quiero ser rico! ¡Todo es tuyo! ¡Te lo devuelvo! ¡Líbrame de ese peso y de ese castigo! ¡Quiero ser pobre! ¡Quiero ser pobre!

Y con un afán cada vez más creciente abrazaba á Puig, que sonriendo y sin responderle palabra, le indicaba con un gesto negativo que no pensaba en acceder á lo que le pedía. Lucía y Bernarda procuraban tranquilizarle y le rogaban que dejara entonces de ocuparse en nada, más que en recogerse y buscar en el lecho el descanso necesario, después de haber sufrido aquel ataque nervioso; pero Benito, cada vez más afechado á su idea, continuaba en alta voz, asombrando á los obreros y al comerciante y su hijo, que le escuchaban sin comprender bien la causa de aquella escena:

— Ya no os movéis de mi lado ni poco ni mucho; ya no os dejo un instante de libertad, y si me amas, Juan mío; si me perdonas todo lo que te he hecho sufrir, y si olvidas mi injusticia, mi desvío y mi ingratitude, y no quieres empujarme á la desesperación y quizá al suicidio, recobra esa maldecida herencia que detesto, y déjame otra vez, no con cinco mil pesetas de sueldo, sino con tres mil como he tenido durante más de veinte años, y que es todo lo más que yo merezco y que sabrá administrar mi hermana, pues yo te juro no volver á tener en mi poder ni veinticinco pesetas.

— ¡Bueno, bueno! Ya hablarás de eso más tarde; ven ahora á tu cuarto.

— No me muevo de aquí sin ultimar ese asunto. Yo hasta hace un mes he sido, no un pozo de ciencia, ni un modelo de virtud y de nobles cualidades, pero sí un hombre sensato; y hoy, ya lo ves, soy un mentecato y un ser intratable, y me desprecio á mí mismo y me abomino y me execro. El oro, la fortuna, que yo creía una felicidad y que yo deseaba continuamente para hacer el bien de mis semejantes, sólo me ha servido para hacer vuestra desdicha y la mía, y me ha convertido á mí, pobre hombre sencillo y modesto, en una fiera insaciable. Líbrame de ese peso, Juan mío, ó mañana mismo hago donación completa de esa fortuna al hospital, y para curarme de esta enfermedad horrorosa me voy á morir en él de limosna.

— ¡Bueno, bueno, lo que quieras..., ahora lo arreglaremos todo! — le contestó Puig.

Y dirigiéndose á las habitaciones de Benito, del brazo de los que le conducían, logró que aquél abandonara la puerta del escritorio, que Bernarda cerró con llave, siguiendo á su hermano que andaba despacio abrazando á su hija.

Y penetraron en su cuarto, y colocaron á Puig en una butaca.

Los que le habían conducido y los obreros fueron despedidos en el acto por Bernarda, que había tomado por las señas la dirección antigua de su casa, y quedaron solos los cuatro.

— Lo primero que hay que hacer, si quieres que me tranquilice y que podamos seguir hablando en paz y en gracia de Dios, es despedir esos dos coches, pagándoles generosamente su frustrada carrera — dijo Benito á su hermana: — de aquí no se va nadie nunca, ni mi hija cuando se case. Yo no quiero estar ni un minuto separado de todos vosotros.

— Concedido, y déle usted gusto, señora, siquiera por esta vez — respondió Puig sonriendo.

— Por esta vez y por todas se le dará, si gracias á la misericordia de Dios le veo tan razonable como lo ha sido siempre.

Y llamando á la doméstica, le dió dinero y el recado que había de dar á los cocheros.

— Y sigo con mi tema, y de ella no me saca ni vuestro cariño ni vuestro perdón.



— ¿Conque es decir, Benito amigo, que confiesas?..

— Confieso en voz alta y de ahora para siempre, que tú eras un amo ejemplar, bueno, inteligente y cariñoso, y todos nosotros unos bolonios que ni lo conocíamos ni lo apreciábamos. Confieso que yo he desempeñado mi oficio de rico, en el breve tiempo que lo he ejercido, de un modo deplorable.

— ¡Papá, no se puede hacer peor!

— ¿Ves? Cuando mi hija lo dice... Nada, nada; yo no sé ser rico, y por lo tanto no quiero hacer más el oso, ni morirme en cuatro días, ni mataros á todos á disgustos: dime ahora mismo lo que vamos á hacer con esa herencia; y si no me lo dices tú, te lo diré yo, que en este momento acaba de ocurrírseme.

— Veamos cuál es esa ocurrencia, y quiera Dios que no sea tan disparatada como las anteriores — dijo sonriendo Puig y atrayendo á Lucía á su lado.

— Aquí tenéis la carta última de mi amigo Bernaregui, su memoria testamentaria, como la llamaba Ortiz de Llauder — dijo Benito, sacandó de su cartera el pliego que le entregó el notario. — En virtud de esta carta, Puig creyó cumplir con un deber de conciencia haciéndome donación de toda su fortuna, y yo la acepté gustoso, porque al obedecer esta extraña voluntad del testador, me figuré que iba á hacer maravillas. Ya veis las que he hecho y las que el diablo me sugeriría aún, si yo le diera ocasión para ello. Cuando yo era joven vi una tarde un drama que se titulaba *Adriana*; y en él, un señor viejo como yo, y

que lo hacía muy bien por cierto, decía, al concluir un acto:

Las puertas del harén se cierran,
y todo vuelva á su primer estado.

Así hago y digo yo, amigos míos: esta carta no existe ni ha existido nunca, y todo vuelve á su primer estado.

Y uniendo la acción á la palabra, y antes que ninguno de los presentes pudiese impedirlo, hizo mil pedazos la carta de Bernaregui, y tiró por el aire, loco de alegría, como antes lo había estado de pena, aquellos mil fragmentos de sus verdaderos títulos de propiedad. Bernarda dió un grito, y quiso recogerlos: Lucía ni se movió siquiera, entre admirada y gozosa; sólo Puig, extendiendo los brazos para que en ellos se precipitase Benito, respondió á todos:

— Ahora sí que te reconozco y te quiero. Eres el mismo hombre de bien de siempre, y aunque has tardado en hacerlo, al fin lo has hecho espontáneamente y como yo lo había esperado un mes en vano. Sólo siento todo lo que has sufrido en esos días y lo que nos has hecho sufrir á todos. Pero para tranquilizar por completo, no á ti, que ya estás bien tranquilo y bien contento, sino á tu hija y á tu hermana sobre todo, quiero que ahora mismo sepas toda la verdad de este extraño asunto.

Y metiendo su mano derecha en el bolsillo del pecho de su gabán, sacó su cartera grande de comer-

ciante y de ella un pliego muy parecido en su forma al que Benito acababa de hacer añicos.

— ¿Qué me quieres decir?

— Toma y lee en voz alta ese documento. Él te explicará mejor y más pronto que yo pudiera hacerlo todo lo que aún no acababas de comprender y yo no había de decirte nunca, si hubieras sido como tú mismo creías, pero que hoy es indispensable que conozcas para bien de todos.

— Letra de Bernaregui también — dijo sorprendido Benito al desdoblarle.

— Léele en voz alta y despacio para que nos enteremos todos.

Acercó Benito su silla á la butaca donde estaba sentado Puig: Lucía se sentó en uno de los brazos de ésta, y Bernarda comenzó á leer en voz baja y para sí lo mismo que Benito leyó en voz alta. La carta decía lo siguiente:

«Accediendo á tus reiteradas instancias, querido amigo y casi hermano mío, he escrito ayer la carta que me pediste declarando heredero de mis bienes á nuestro común amigo Benito, después de haber hecho anteayer testamento formal y legal á tu favor. Tú te obstinas en creer que tal vez al verte rico no sabrás hacer de mi caudal el buen uso que yo espero, y que cayendo en las redes de la avaricia ó en las más terribles de la ingratitud, no seguirás el ejemplo de honradez y de justicia que yo he procurado daros durante mi vida. Tal temor, Juan mío, es in-

fundado. Yo te conozco y te quiero, y porque te conozco y hago justicia á tu buen corazón y cristianos y puros sentimientos, creo en conciencia que mereces ser mi heredero. Pero en fin, por si ambos nos equivocamos y tanto puede el oro, que sea capaz de hacer de ti un hombre indigno de pronto de poseerle, he escrito la carta que me pediste y que mi notario Ortiz de Llauder tendrá en su poder hasta el día en que tú mismo le ordenes que la haga llegar á manos de Benito. Y como puede suceder, porque todo es posible entre los hombres en este miserable mundo, que una vez entregada esa carta, Benito sea el dueño de mis riquezas, y las emplee mal, ó se porte contigo indignamente, te escribo hoy esta, que será ya la última, para explicarle todo lo ocurrido y para que sepa que siempre fué mi única idea dejarte á ti por mi universal heredero, como consta en el único testamento que tengo hecho á tu favor con todas las circunstancias legales. Pocos días me restan ya de vida, amigos míos, y hoy que por última vez me ocupo de estas miserias de la tierra, abocado ya á presenciar las venturas de otro mundo mejor, sólo os encargo que si algún día llegáis á leer juntos esta carta, sea ella prenda sagrada de vuestra amistad eterna; y si por desdicha y por culpa de alguno de vosotros dos, sea el que sea, vuestra amistad se hubiera entibiado, y los lazos de afecto que siempre os unieron se hallasen rotos ó próximos á romperse, los reanudéis en memoria mía, y juntos y en perfecta armonía viváis luengos años,

hasta que el último que me sobreviva rece por los dos que le hayan precedido en este trance de la muerte en que yo me veo, y desde el que os envía su postrer abrazo y su eterna bendición — JOAQUÍN BERNAREGUI.»

Lágrimas de ternura, silenciosas y suaves, corrieron por las mejillas de Benito al leer la carta, y arrojándose en los brazos de Puig, juntos rezaron en memoria de Bernaregui por breves momentos.

Lucía abrazaba conmovida á Bernarda, y hasta la rígida y desabrida matrona pugnaba por ocultar la emoción que la embargaba.

— ¿Conque eres tú quien hizo escribir á Bernaregui la carta que me entregó el notario? ¿Y tú me cedías tu fortuna espontáneamente?

— No hablemos ya jamás de este asunto, Benito. La herencia es de los dos. Yo la administraré, porque creo tener carácter más á propósito para ello; pero todo lo que hay aquí y lo que pueda haber en adelante es tanto tuyo como mío.

— Entiéndete con mi hija para dotarla y casarla cuando tú quieras y cuando llegue el caso, y con tu ama de llaves para todo lo que pertenezca á los gastos de la casa. Yo soy y seré siempre el cajero de la casa de Bernaregui.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y entró jadeante y cariacontecido Ramirito, á quien ya habían contado algunos obreros el desmayo de Benito.

— ¡Adelante, adelante, buen mozo! — dijo Puig sonriendo. — No ha sido nada; todos estamos buenos y restablecidos, excepto yo, al que aún dará que hacer algunos días esta pata-folica; pero agradecemos sus cuidados y le convidamos á almorzar, no para hoy, que está todo revuelto y mangas por hombro, sino para el domingo próximo. En la mesa señalaremos el día de la boda, que será, si no me engaño, el de la reapertura de la fábrica.

— ¡Así sea! — gritó Rispall, que apareció con el plumero en la mano.





INDICE

| | <u>PÁGINAS</u> |
|---|----------------|
| CAPITULO PRIMERO. — La fábrica de Bernaregui. | 7 |
| - II. — Quejas de una adepta de Nocedal y reflexiones de un correligionario de Ruiz Zorrilla.. . . . | 27 |
| - III. — Donde aparece el indispensable dios Cupido, sin carcax ni flechas y vestido al uso del día. . . . | 43 |
| - IV. — Sigue creciendo la marea. | 63 |
| - V. — Conciliábulo de familia. | 83 |
| - VI. — Abel y Caín.. | 105 |
| - VII. — Catástrofe dichosa. | 125 |
| - VIII. — Análisis. | 155 |
| - IX. — Las cuentas del Gran Capitán.. | 165 |
| - X. — Donde el rey absoluto se quita la máscara. . . . | 185 |
| - XI. — Sigue otra vez creciendo la marea. | 207 |
| - XII. — Media vuelta á la izquierda es lo mismo que media vuelta á la derecha, sino que es precisamente todo lo contrario. | 229 |
| - XIII. — El incendio. | 251 |
| - XIV. — La recompensa. | 275 |
| - XV. — El espejo. — ¡Quiero ser pobre! — Conclusión. . | 295 |

CATÁLOGO ESCOGIDO

DE OBRAS PUBLICADAS POR LA CASA EDITORIAL
DE MONTANER Y SIMON.—BARCELONA

SECCION DE HISTORIA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE, ARQUITECTURA, PINTURA, ESCULTURA, MOBILIARIO, CERÁMICA, METALISTERÍA, GLÍPTICA, INDUMENTARIA, TEJIDOS. — Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno y se envían prospectos á quien los solicite.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII, por *D. Modesto Lafuente*, continuada hasta nuestros días por *D. Juan Valera*, con la colaboración de *don Andrés Borrego* y *D. Antonio Piralá*. — Notable edición ilustrada con más de 6.000 grabados intercalados en el texto, comprendiendo la rica y variada colección *numismática española*. — Seis magníficos tomos en tamaño folio, ricamente encuadernados con tapas alegóricas tiradas sobre pergamino, y canto dorado. — Su precio, 310 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales. — *Se ha impreso asimismo una edición económica de este libro, distribuida en 25 tomos lujosamente encuadernados, á 5 pesetas uno.*

HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA.—EL CONSULADO Y EL IMPERIO, obras escritas por *M. A. Thiers*, con un juicio crítico de la Revolución y sus hombres por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con grabados intercalados en el texto y láminas tiradas aparte. — El precio total de los cinco tomos, que constituyen el completo de la obra, es de 120 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA DE LA AMÉRICA ANTECOLOMBINA, escrita por *D. Francisco Plá y Margall*. — Magnífica edición ilustrada con cromolitografías y grabados que representan monumentos, vistas, retratos, ídolos, antigüedades de toda clase, etc., etc. — Se vende encuadernada en dos tomos, de unas 1.000 páginas cada uno, al precio de 85 pesetas.

LA REVOLUCIÓN RELIGIOSA (SAVONAROLA-LUTERO-CALVINO Y SAN IGNACIO DE LOYOLA), por *D. Emilio Castelar*. — Edición ilustrada con láminas en colores y grabados en acero. — Esta obra consta de cuatro abultados tomos en cuarto mayor, encuadernados ricamente con tapas alegóricas y se vende al precio de 120 pesetas, pagadas en doce plazos mensuales.

HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS, desde su primer período hasta la administración de Jacobo Buchanan, por *J. A. Spencer*, continuada hasta nuestros días por *Horacio Greeley*, traducida por *D. E. Leopoldo de Verneuil*. — Tres tomos ilustrados, que se venden encuadernados al precio de 90 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

HISTORIA UNIVERSAL, escrita parcialmente por veintidós profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiador *Guillermo Oncken*. — Historias generales de los grandes pueblos. — Estudios de las grandes épocas. — Monografías de los grandes hechos. — Biografías de los grandes hombres. — Traducción directa del alemán por reputados escritores, revisada por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Edición ilustrada espléndidamente con grabados intercalados, mapas, facsímiles rarísimos, monedas, armas, y el completo de las cromolitografías que constituyen la magnífica obra *Historia del traje en la antigüedad y en nuestros días*, publicada en alemán por el profesor FEDERICO HOTTENROT. — Consta de 16 tomos y se venden al precio de 317 pesetas, pagadas en plazos mensuales.

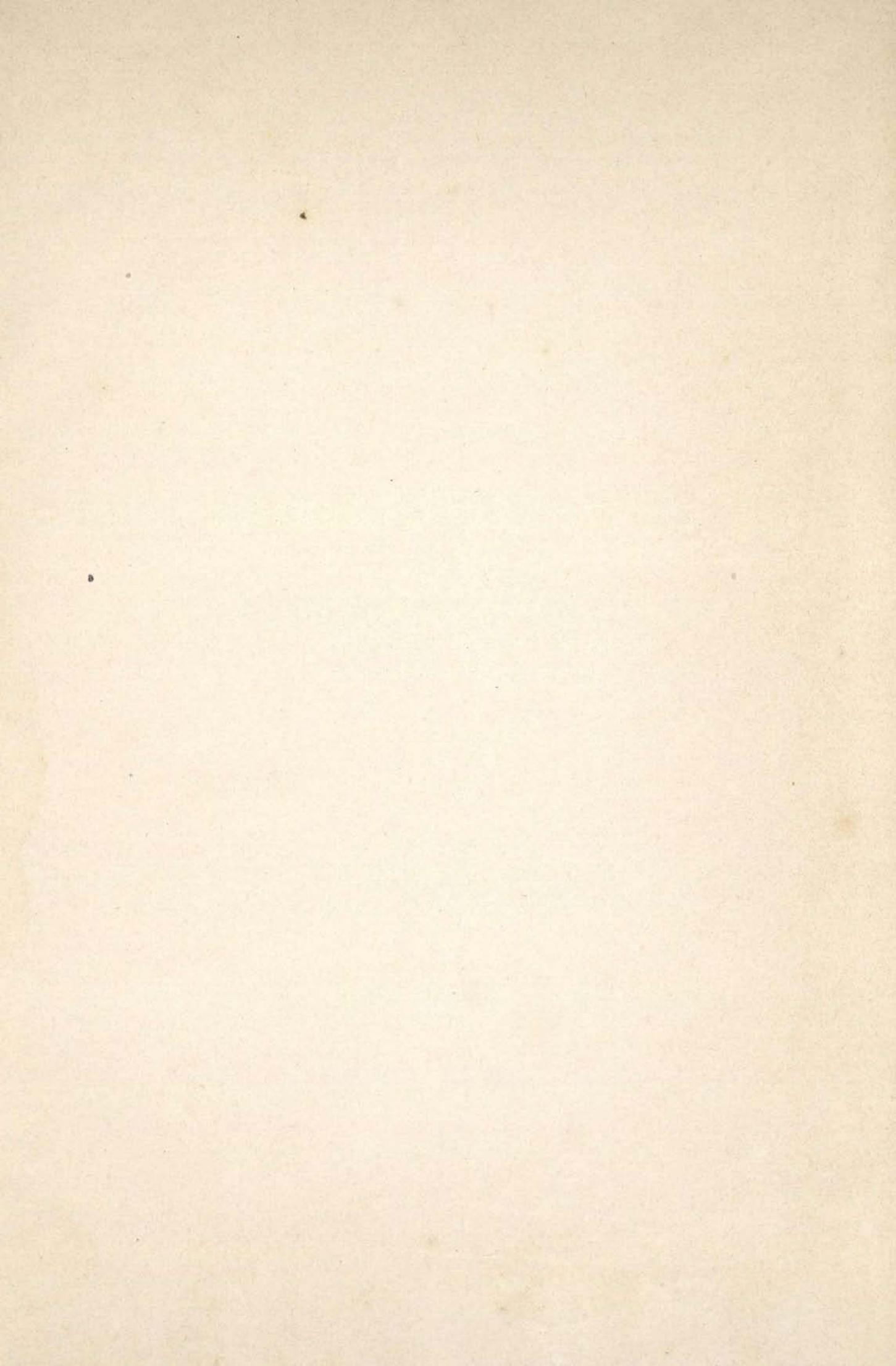
GRAN DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO, de CIENCIAS, ARTE Y LITERATURA, escrito por los más renombrados *hombres de ciencia y artistas de España y América*. — Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas; monedas y medallas de todos los tiempos, etc., etc., etc. La obra se reparte por cuadernos de *cuatro reales*, que constan de *seis pliegos de 8 páginas cada uno*, y se admiten suscripciones pagando á plazos mensuales, entregando tomos encuadernados á medida que quedan terminados.

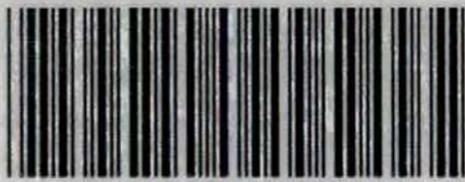
EL MUNDO FÍSICO, por *Amadeo Guillemin*, traducción de D. Manuel Aranda y Sanjuán. — GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, LUZ, CALOR, ELECTRICIDAD, MAGNETISMO, METEOROLOGÍA y FÍSICA MOLECULAR. — Ilustrada con numerosas viñetas intercaladas en el texto. — Esta lujosa edición consta de cinco tomos ricamente encuadernados y se venden al precio de 60 pesetas.

EL MUNDO ANTES DE LA CREACIÓN DEL HOMBRE. — ORIGEN DEL HOMBRE. — PROBLEMAS Y MARAVILLAS DE LA NATURALEZA Ó FORMACIÓN DEL UNIVERSO. — HISTORIAS POPULARES DE LA CREACIÓN Y TRANSFORMACIONES DEL GLOBO. — Obras escritas por *L. Figuier y W. F. A. Zimmermann*, traducidas por *Enrique Leopoldo de Verneuil*. — Esta interesante obra está dividida en dos abultados tomos profusamente ilustrados. — Su precio es de 60 pesetas el ejemplar encuadernado, pagadas en doce plazos mensuales.

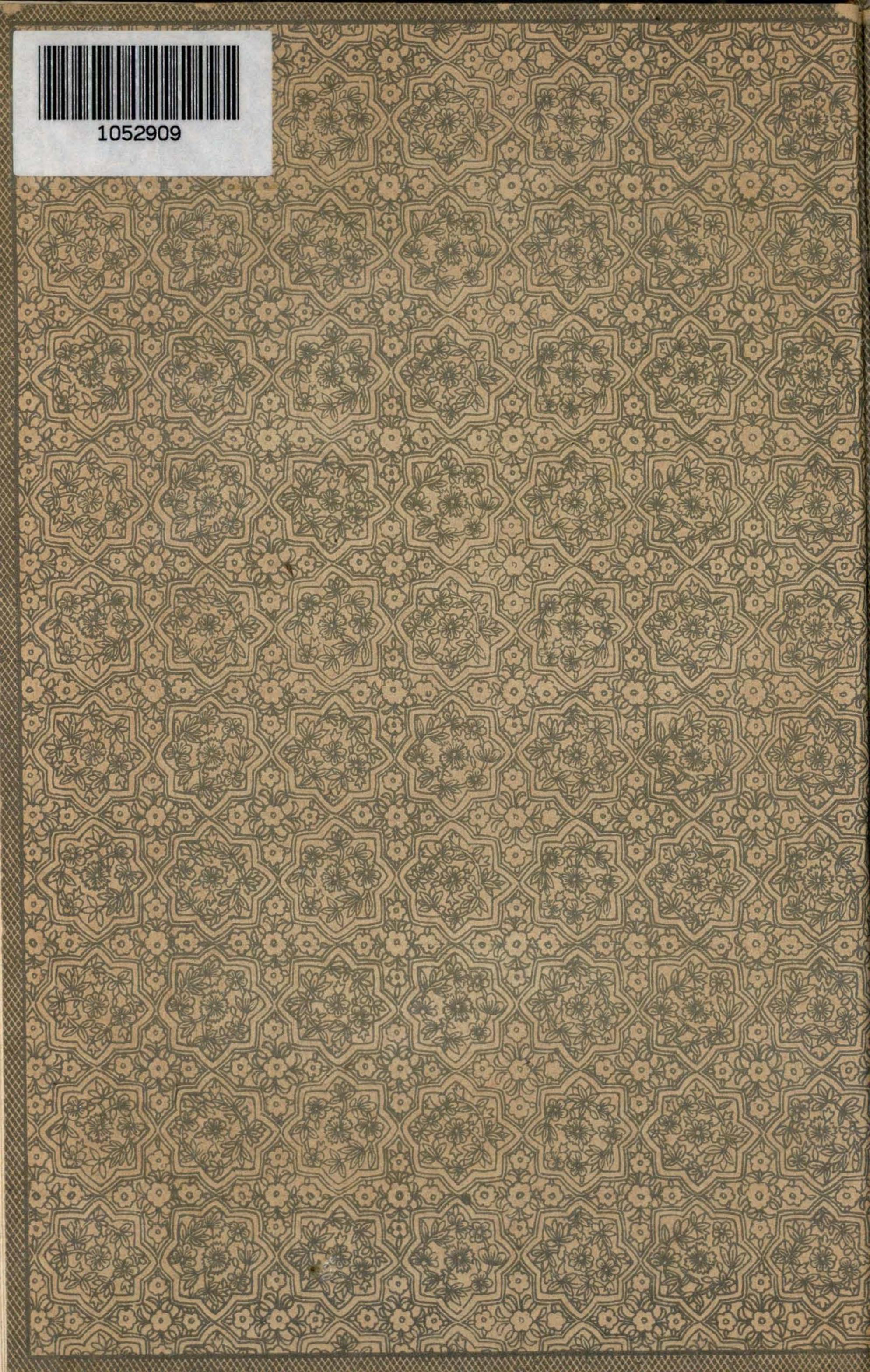
HISTORIA NATURAL, novísima edición cuidadosamente corregida y profusamente ilustrada. — División de la obra: *Antropología*, por el doctor P. Topinard; *Zoología*, por el doctor C. Claus, catedrático de Zoología y Anatomía comparada de la Universidad de Viena; *Botánica*, escrita por el catedrático de la Universidad de Barcelona D. Odón de Buen; *Mineralogía*, por el Dr. *Gustavo Tschermak*, profesor ordinario de Mineralogía y Petrografía en la Universidad de Viena; *Geología*, por *Archibaldo Geikie Ll. D., F. R. S.*, Director general de la Comisión geológica de Inglaterra é Irlanda. — Lujosa edición, la más notable, completa y económica de cuantas en su género han visto la luz en Europa, ilustrada con MILES de preciosos grabados: la obra consta de 13 tomos, que se venden al ínfimo precio de *cinco pesetas en toda España*.

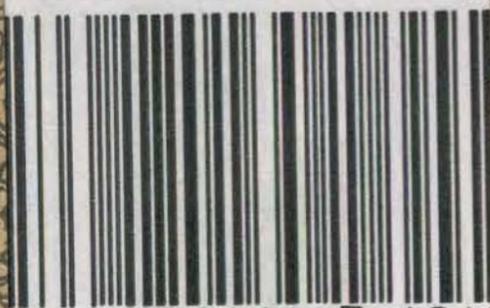
Queda asimismo un número reducido de ejemplares de la *Historia Natural*, escrita por el doctor *A. E. Brehm*. — Ocho tomos en cuarto mayor, ricamente encuadernados. — Su precio, 165 pesetas ejemplar, pagadas en doce plazos mensuales.





1052909





566 120164 7 1045

